tifera existencia de nuestro buen químico, vienen sin querer á la memoria aquellos célebres versos de Fray Luis de Leon, el suave, inspirado y ternísimo poeta castellano:

¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Patiño es de un carácter afabilísimo, comunicativo, alegre y servicial; lo que le conquista en el acto las simpatías de cuantos le tratan.

En el albor apénas de su edad madura, promete todavía muchos motivos de satisfaccion á la patria, que ya le cuenta entre sus hijos más distinguidos. -alimiob obnol le me oup hat man const soud ande im

vuent econ pero le cierto es que reçue para mi fantástico hechi-

zo y fragancia do edades patriareales y remetas, todo lo refa-

rente d esa tierra ainerleana, incrustada do magnificas ruinas.

que afestiguen la grandeza de sus pranitivos habitantes, cuyas

sombres deben vagar en las altas horas nocurrans, por los de-

no quiero hacer punto unito, rorque determina el momento en

one minelpie a tener simpaties por Tuestan. ; Quien lo dirie?

Una novela las empuje a lo que pudiéramos llamar la super-

(Trozo de una correspondencia.)

México, Junio 30 de 1880.—Sr. Lic. José Vidal Castillo.—Mérida.—Muy señor mio y amigo:—Circunstancias independientes de mi voluntad han sido obstáculo para que hasta ahora dé principio á la série de correspondencias que me he obligado á escribirle para La Revista de Mérida.

Es tal el placer que vd. me ha proporcionado, facilitándome la oportunidad de ponerme en comunicacion intelectual con una sociedad tan ilustrada como la yucateca, que no obstante la ingénita pereza de mi carácter y el no permitirme ócio ni vagar las árduas y cotidianas labores del periodismo, accedí gustosísimo á la galante proposicion de vd. y doy comienzo ahora á mi papel de cronista foráneo de su periódico.

De años atrás abrigo simpatías por la Península de Yucatan, y me atrae y seduce lo que con ella se relaciona. Será que tengo especial predileccion por los pueblos ricos de tradiciones gloriosas, que arrancan de siglos envueltos por la dorada neblina de la mitología, ó será que sin darme cuenta de ello, ha ido labrando en mi espíritu el mágico buril de los artistas

yucatecos; pero lo cierto es que tiene para mí fantástico hechizo y fragancia de edades patriarcales y remotas, todo lo referente á esa tierra americana, incrustada de magníficas ruinas, que atestiguan la grandeza de sus primitivos habitantes, cuyas sombras deben vagar en las altas horas nocturnas, por los derruidos murallones de sus alcázares y templos.

Aquí encuadra una reminiscencia de mi infancia, de la que no quiero hacer punto omiso, porque determina el momento en que principié á tener simpatías por Yucatan. ¿Quién lo diría? Una novela las empujó á lo que pudiéramos llamar la superficie de mi alma, pues tengo para mí que en el fondo dormitaban desde ántes.

Y abro un paréntesis que me es indispensable. En aquella edad luciente y perfumada de la niñez, acaso por lo rudo de mi inteligencia y lo selvático de mis sentimientos, comprendía yo el patriotismo de un modo harto grosero. Comprendíalo como un apego irracional á todo lo genuino y característico de mi país, así fuese una monstruosidad abominable. Séres de estirpe divina se me figuraban los primeros moradores de México; y sus acciones heróicas, y sus ritos, y sus costumbres y hasta sus cruentos sacrificios, tomaban en mi mente formas poéticas celestiales, que á mi modo de ver entónces, superaban en mucho á las que el arte helénico difundió por el orbe, en modelos eternos de belleza y de buen gusto. Los conquistadores me parecían punto ménos que pigmeos al lado de los indígenas, y me irritaba contra sus proezas y victorias, y me compungía candorosamente por no haber nacido en aquellas épocas de barbárie, para haberles disputado palmo á palmo, con arrojo digno de la trompa épica, yo, que soy incapaz de matar un mosquito, la hermosa tierra donde mis mayores duermen el sueño de la eternidad. Estas imaginaciones me traían fuera de mí, me quitaban el apetito y la gana de dormir, y en mi anhelo por aspirar el penetrante olor de sangre que se desprende de nuestra historia antigua, devoraba, más que leía, todos los libros que de alguna manera halagaban mis infantiles pasiones. Ignoro cómo no dí al traste con mi poco de sentido comun y cómo no me convertí en una segunda edicion del ilustre manchego. Ello es que á la fecha, cuando ya el giro de mis ideas ha tomado otro rumbo, y veo las cosas á otra luz y bajo otro prisma, todavía soy víctima de arranques anacrónicos, que me llevan á consideraciones melancólicas sobre la tragedia de la conquista. Mi amor á la patria no es ya un amor salvaje y explosivo, sino un amor templado y dirijido por los severos dictámenes de la razon, aunque ardentísimo y profundo.

Ahora bien, como diría un abogado; cuando se agitaban efervescentes en mi cerebro los extravagantes delirios mencionados, cayó en mis manos la vela á que hice referencia, ántes de abrir el paréntesis. En su portada se leía el nombre de Eligio Ancona; y es de advertir que fué la primera noticia que tuve de este caballero, muy digno de aprecio y hasta de admiracion, segun he podido averiguar despues. Inútil es agregar que leí el libro con avidez creciente, pues figuraban en su título las palabras Cruz y Espada; es decir, los dos vocablos que en danza vertiginosa daban vueltas sin cesar en mi fantasía, abierta á todas las impresiones terríficas y espantables.

No me sería dable ahora el emitir juicio razonado acerca del mérito literario de la obra, aunque el nombre de su autor es prenda segura de que lo tiene muy subido, porque no estaba yo en aptitud de aquilatar sus perfecciones, ni he vuelto á leerla; pero sí puedo afirmar que me produjo una impresion tan honda, que el transcurso del tiempo no ha logrado borrarla en mi memoria. Describe el Sr. Ancona la pelea de razas y civilizaciones que se libró en el territorio maya, ántes de que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICE

en él flamease victorioso el pendon cristiano, y hace radicar la parte imaginativa y romancesca en un episodio amoroso, especie de idilio encantador entre preciosa india y denodado castellano. Son los amores de estos sensibles personajes, á semejanza de Ofelia en el drama del gran trágico de Stratford, purísimo rayo de luz divina, que dora y brillanta el ensangrentado campo de batalla.

Comprendí que el pueblo maya tenía sus afinidades de carácter y de temple con el pueblo azteca; que sus héroes llevaban en el pecho la misma indomable energía de mis héroes favoritos; y le tomé singular cariño y le consideré dignísimo de loor eterno. Desde entónces me interesa cuanto á Yucatan se refiere, y sigo con satisfaccion sus pasos hácia el perfeccionamiento, y me deleito en las obras de sus ingenios privilegiados, y suena á mi oído su nombre como un acorde musical que despierta en el alma sensaciones placenteras.

Ya verá vd. si tengo simpatías por Yucatan, cuando he soñado oír el quejido tristísimo del viento, al pasar por las grietas enzarzadas de las ruinas de Uxmal y Chichen-Itzá, y aspirar el ambiente de pasados siglos y generaciones, que debe aspirarse en sus artísticas piedras, carcomidas por la lluvia y por el tiempo.

## PREFACIO

ESCRITO PARA LOS "ROMANCES DRAMÁTICOS" DE

## PEON Y CONTRERAS.

Bosquejar interesantes fábulas dramáticas, sin definir bien sus contornos ni darles la última mano, fué la mira de Peon y Contreras al escribir los romances que hoy publica, colegidos en este pequeño volúmen. Rasgos de figuras, que acaso alguna vez se destacarán luminosas en el marco del escenario; trazos y diseños de cuadros, que quizás algun dia se trasladarán á la tela de Melpómene, con más vivos colores y estudiado dibujo; siluetas y perfiles de argumentos escénicos, que andando el tiempo, adquirirán tal vez acabada forma en obras de más aliento: hé aquí lo que son estos romances. Ha seguido en ellos Peon y Contreras, la práctica del artista que consigna apuntamientos y notas en su libro de memoria, para

no malgastar ni hundir en el olvido, imágenes ó ideas que le parecen dignas del estro ó del pincel. Tal ha sido su propósito.

Por su naturaleza y atributos son, pues, estos romances dramáticos, encantadores bocetos. Las celebradas leyendas fantásticas de Becquer no vienen á ser otra cosa, segun el propio testimonio del sevillano poeta inmortal; ni otra cosa vienen á ser tampoco, los selectos poemas con que Núñez de Arce está hoy acreciendo el brillo y lustre de su nombre. Becquer no tuvo tiempo para dar mayor extension á sus leyendas: entiendo que Núñez de Arce no piensa darla en lo futuro á sus poemas: lo voluble y fecundo de la fantasía de Peon, me hace creer que tampoco ampliará sus romances, á pesar de sus vehementes designios. Fúndase éste nada profético augurio mio, en la natural aversion de los autores á ocuparse dos veces y por diverso estilo, en un mismo tema ó asunto. Juzgo muy difícil, además, que torne á la mente del vate, la espontaneidad con que produjo un poema, sin la cual perdería éste, en la refundicion, toda su virgínea pureza y original esplendidez nativa. No se repite con frecuencia el ejemplo de Zorrilla, que utilizó en dramas y en leyendas á la par, los ingeniosos argumentos de que su rica imaginacion y las abundantes crónicas de la madre Iberia, le abastecían y colmaban. Algunos de los egregios dramáticos españoles del glorioso siglo XVII, enamorados de la fecundidad, solieron reproducirse y copiarse en sus novelas escénicas. Alarcon, más cuerdo, no lo hizo nunca. El magnifico drama de Los amantes de Teruel fué retocado y refundido varias veces, segun se dice, hasta quedar como se representa en los teatros; pero hay que atender á que Hartzenbusch es poeta reflexivo y erudito. En cambio, García Gutiérrez tuvo que desechar la refundicion que compuso de El Trovador, por haberle hecho venir á ménos,

y le dejó la irregularidad de su escritura en prosa y verso, defecto shakspeariano que pretendía corregirle. Vacílase en decidir cuál de los dos dramas, ¿Tan largo me lo fiais? y El burlador de Sevilla, en que Tirso de Molina explotó el tipo legendario de D. Juan Tenorio, es cronológicamente anterior. Me inclino á suponer que el primero, por parecerme más bello, aunque los dos me encantan. Sucede muy á menudo que las refundiciones no surten el efecto apetecido, y que léjos de mejorar, empequeñecen y deslucen la primitiva concepcion original.

De mí sé decir que, prescindiendo del disgusto que me causa el que un escritor calque una composicion en otra suya, me deleitan y regocijan las obras á medio hacer ó de primera mano, cuyos rasgos inconexos y como trazados al descuido, dejan traslucir, más que comprender, el vago pensamien o artístico. El cuadro cuyas figuras están apénas delineadas, la pieza musical de notas trémulas y misteriosas; la mal pulida estátua que embellece á rumoroso jardin; el interrumpido y lejano són de una campana; un pedazo de cielo azul, un rizo rubio, unos ojos negros, una mano de nácar; todo lo que pudiéramos denominar fragmentos de la hermosura de la naturaleza y de la hermosura del arte, me embarga y suspende el ánimo, de extraña, halagadora é inexplicable manera. Y tal creo que acontece á todos mis semejantes. Más admira y embelesa un solo rapto de inspiracion que la monótona série de agradables ritmos y cadencias. Un canto aislado de La Iliada vale más que todo el poema artificioso y frío de D. Alonso de Ercilla. La extremada lima suele afear, léjos de embellecer, las obras artísticas. Así el Quijote, obra escrita de priesa, sin prévio ensayo ni posterior pulimento, es infinitamente más grande que la novela de Persiles y Segismunda que Cervántes aderezó y bruñó con prolijo esmero.

Peon y Contreras debe dejar, en consecuencia, los romances que forman esta galería de cuadros dramáticos, tal como los concibió y produjo en el primer momento de inspiracion, y así valdrán tanto ó más que si les diese ulterior y más extensa y genuina estructura escénica. Un ingenio de primer órden recomendó á los poetas que no violentasen el númen y que esperaran, para escribir, á que agitase la mente: es dable añadir á la máxima, que no se debe retocar una obra, escrita en un instante de inspiracion, cuando ya el espíritu no tenga la misma idoneidad. Hay inminente riesgo de flaquear en la demanda y de no salir con éxito.

La virtud de la inspiracion es tal, que guía y conduce al poeta hasta en la eleccion de la forma literaria más adecuada al asunto que enardece su fantasía. Así Peon y Contreras, sin anterior ni preconcebido intento, eligió para estos bocetos el romance octosílabo, que á la elegancia y sencillez de su mecanismo, úne y añade su gran facilidad narrativa. Obró cuerdamente al escogerlo, que en él, por lo demás, y segun anda en lenguas, es docto y consumado maestro.

Tiene su historia, como todos los libros, el que hoy entrega al dominio del público.

Héla aquí, tan breve como es:

El sentido poeta Joaquin Trejo, que entre paréntesis se distingue tambien como romancero, pidióle á fines de 1878 una poesía para el Anuario Universal, cuya publicacion preparaba el conocido editor D. Filomeno Mata, y accediendo á darla Peon y Contreras, pensó algo que de lo vulgar se separase, la noche del mismo dia, y al siguiente puso en manos de Trejo el romance titulado Doña Brenda, el primero de los en este volúmen insertos, que van colocados segun órden cronológico. Meses despues, juzgando oportuno y de alguna novedad el escribir una coleccion de varios de la propia índole,

dedicó á la empresa los pocos ratos de ócio que le permite el árduo ejercicio de su profesion humanitaria, y fué acopiando paulatinamente los materiales del libro que hoy da á la estempa.

Tres de estos romances han visto ya la luz, por separado, en las columnas de El Cronista de México. En el Anuario Universal correspondiente al año de 1879, apareció, como ántes dije, el de Doña Brenda, orígen de todos. Los demás se dan por primera vez á la imprenta.

Ahora bien, estos bocetos, que he principiado por calificar de encantadores, ¿tienen prendas suficientes para merecer tal dictado ó mi grande afecto á Peon me compele á mirarlos al traves de prisma color de rosa? No soy amigo de afirmar nada sin pruebas, y paso á exponer la razon de mi fallo.

Es comun dictámen entre personas capaces de voto en cuestiones literarias que, para que una obra de arte sea digna de este nombre, debe ser bella en el cuerpo y en el alma, en la forma y en la esencia. Con demostrar yo que llenan ámbas condiciones los presentes romances, habré demostrado tambien que los califiqué exactamente y que soy su juez y no su defensor ni su abogado.

Tan ostensible y manifiesta es la belleza de su forma, que no haré grande esfuerzo para patentizarla. Suma sencillez y elegancia suma en el estilo; descripciones de figuras, sitios y objetos, que ni con pincel y en lienzo dibujados, tendrían más verdad, viveza y colorido; imágenes y tropos, cuya exactitud y gallardía nada dejan que desear; caractéres múltiples, verosímiles, bien definidos, llenos de virilidad y entereza, y trazados con tres ó cuatro rasgos vigorosos; escenas cuyo movimiento palpita al traves de la gráfica narracion, pocas veces alternada con breves y expresivos diálogos: hé aquí los más brillantes arreos de estos romances. Su estilo no es ciertamente de lo

más pulido y castigado que imaginarse pueda; pero ni Peon y Contreras quiere hacer alarde de clásico, ni la escrupulosidad meticulosa de la diccion constituye la más valiosa prenda de una obra literaria, si bien son estimables siempre, la tersura, integridad y pureza del lenguaje. Ha cuidado Peon únicamente de que el estilo sea bello, claro y seneillo, de que su transparencia deje ver en todo su esplendor las galas de la inspiracion, como el cristal del arroyo deja ver las matizadas pedrezuelas de su lecho, y no se ha preocupado con ahinco, ni era necesario, de colocar simétricamente las palabras y frases, en testimonio de vasallaje al tenso cánon gramatical.

La primera y más sobresaliente belleza del estilo de Peon estriba en su originalidad. Comenzó en los albores de su vida literaria, por imitar á García Gutiérrez y al Duque de Rivas, de estilos bastante diferentes, y como al fin y al cabo tenía inspiracion propia, y fuerzas suficientes para volar sin ayuda de ajenas alas, pronto se desligó de tales influencias, acabando por formarse un estilo peculiar, eminentemente airoso, flexible y elegante, que le distingue, separa y singulariza, entre todos los artífices de la opulenta lengua cervantina. Principiando por imitar buenos modelos se llega á tener buen estilo propio, segun la respetable opinion del clásico y egregio poeta castellano D. Manuel José Quintana. No viniendo á ser el estilo más que la veste de las concepciones, si éstas tienen la necesaria potencia de originalidad, tiene de ser aquel irremisiblemente original.

En cuanto al espíritu de estos romances, con decir que es el mismo de los dramas del propio autor, está definido y explicado. El incondicional y profundo sentimiento del honor, como base y disciplina de conducta y régimen; el encendido ardor caballeresco en toda su recrudecencia, como estímulo y acicate de levantadas hazañas y osadías; la más ámplia y com-

pleta libertad de albedrío, como factor inmediato y responsable de todos los actos consumados; el amor ardentísimo, con su cortejo de celos, desengaños, arrobamientos y esperanzas, como objeto y móvil de todas las aspiraciones, proezas, desenfrenos y delitos; el hondo remordimiento de la conciencia manchada, como pena ineludible de las malas acciones y los crímenes: hé aquí el espíritu de estos romances. ¡Nada más bello é inefable que ensalzar las excelencias del alma y cubrir con el velo de la poesía sus mezquindades é impurezas! Templo magnífico levanta Peon y Contreras al bien y á la virtud, y en sus aras quema la mirra de su ingenio. Pone obstáculos y escollos, rodea de tentaciones y apetitos al carácter virtuoso y entero, para que, superándolos, sirva de ejemplo y enseñanza. Parece como que la virtud que no lucha, que no vence resistencias, que no entra en abierta conflagracion con elementos perniciosos, no es virtud ó no tiene por lo ménos energía y firmeza. De aquí los trances y encuentros, de tan difícil desenvoltura, en que á sus personajes coloca Peon y Contreras, y de los cuales brota la colision dramática, como la pólvora atacada, de la mina á que se prende fuego.

Es vivísimo y terrible el incendio de las pasiones en estos romancos, por cuanto son nada más el epílogo ó el desenlace de dramas que se han venido desarrollando en la sombra y que estallan de repente, como el volcan, entre relámpagos de luz, borbollones de lava, estruendos y temblores.

Bastan las precedentes, breves consideraciones, en apoyo de las cuales cito los mismos romances, para dejar demostrado que éstos son bellos en el cuerpo y en el alma, en la forma y en la esencia. ¿Se necesitan aún más pruebas? Allí están ellos: examínelos el lector, analice sus bellezas, mida su grandeza de concepcion, pese sus calidades literarias, y juzgándolos con recto y sano criterio, habrá de convenir conmigo en que, léjos

de excederme en el elogio, ha sido parca cuanto sincera mi alabanza.

Descaría, para dar mayor peso á mis razones, comprobarlas con trozos entresacados de los romances; pero me persuado á que es mejor recomendar su atenta lectura, ya que, de copiar lo estimable que tienen, me vería constreñido á copiarlos íntegros. Difícil por extremo sería elegir los mejores pasajes, siéndolo todos.

Para darles más vaguedad, no les ha fijado Peon ni tiempo ni lugar. Sábese únicamente que pasan en edad caballeresca, por el tinte peculiar de los hombres, trajes, muebles, usos y costumbres, que en ellos se describen, y sobre todo, por los característicos sentimientos de nobleza, valentía y honor, á que sus personajes obedecen. En cuanto al lugar, lo mismo se puede suponer que tienen efecto en España ó en México, como en el Perú ó en otra cualquiera de las naciones sometidas al yugo español, durante el siglo de los grandes atrevimientos y de las grandes conquistas.

Hay entre ellos, uno, que se aparta y separa de la índole dominante en los demas, cual es el denominado Alfredo, y que encierra todo un poema de congoja y luto para Peon y Contreras. Aquel nombre llevó en vida uno de sus hermanos queridísimos, cuya súbita y temprana muerte le hirió con aguda saeta en lo más íntimo del corazon, y era natural que, como poeta, exhalase su dolor en melancólicas cadencias. Bajo el velo celestial de hermosísima alegoría, refiere con seráficos acentos de ternura y amor, el reñido combate que traban la muerte y la vida, ántes de que la primera logre arrebatar del mundo á un alma virtuosa y bella. Este delicado y conmovedor romance es el único de la coleccion que no tiene carácter trágico. Tiene, sí, como ninguno de los otros, hondísimo sentimiento, desbordado del alma y apénas contenido en el estrecho

molde de la palabra. Es una ternísima elegía, escrita con lágrimas.

No he pretendido hacer en este prefacio un verdadero juicio crítico de los Romances dramáticos de Peon y Contreras. Hubiera sido mucho pretender. Sólo he deseado escribir algo que pudiera servirles de introduccion ó proemio, ya que es costumbre que los libros vayan precedidos de estas cosas. Peon y yo, además, nos vamos habituando á que cada una de las brillantes obras que publica, lleve al frente algunas humildes palabras mias.